

TERESA WILMS MONTT  
Diarios íntimos

Prólogo y perfil de ALEJANDRA COSTAMAGNA  
Edición y notas de JULIETA MARCHANT

# ÍNDICE

Nota de la editora, 7

## PRÓLOGO

Preciosa sangre, 9

## PERFIL

Teresa Wilms Montt: De tumba en tumba, 13

## Diarios íntimos

### DIARIO I

*Iniciación*, 37

### DIARIO II

*Bajo las campanas*, 55

### DIARIO III

*Otros cielos, otras prisiones*, 147

### DIARIO IV

*Peregrinaje y finitud*, 163

## Nota de la editora

EL SIGUIENTE VOLUMEN REÚNE los cuatro manuscritos de diarios de Teresa Wilms Montt publicados en *Obras completas. Libro del camino* (Grijalbo, 1994). Se han corregido algunas erratas y errores de puntuación, cotejado detalles con la edición de *Lo que no se ha dicho* —antología publicada por Editorial Nascimento en 1922— y compuesto notas que colaboran a la comprensión. Las fechas, que en los originales tenían distintos formatos, fueron uniformadas, agregándoles los años correspondientes, aunque siempre manteniendo los datos adicionales que la autora iba anotando y los errores de continuidad. También se han conservado los usos y la ortografía de los diarios originales. Se agradece la colaboración de Erika Marrero en la precisión de las notas y de León Felipe Alarcón en las traducciones del francés.

## PRÓLOGO

# Preciosa sangre

**E**S POSIBLE RESUMIR LOS intensísimos veintiocho años de vida de Teresa Wilms Montt en menos de diez líneas. De sangre aristocrática, descendiente de cuatro presidentes de la república, segunda de siete hermanas, nace en Viña del Mar en 1893. Lectora prematura, trilingüe, se casa a los diecisiete años sin consentimiento de sus padres, simpatiza con el anarquismo, es acusada de adulterio por su marido e internada en un convento en Santiago y alejada de sus hijas. Huye a Buenos Aires con el poeta Vicente Huidobro, publica cinco libros —cuatro de prosa poética y uno de cuentos—, recibe aplausos de los círculos intelectuales, coquetea con la vanguardia europea, es adicta a los somníferos y al opio, intenta matarse dos veces sin éxito y a la tercera, el 24 de diciembre de 1921, en París, lo consigue.

Diez líneas de existencia y un correlato preciso en las páginas que dejó escritas. No solo en los libros publicados, sino especialmente en sus diarios, donde fue registrando desde muy temprano sus experiencias vitales y los primeros balbuceos en la poesía. Dado el carácter confesional de sus textos, el diálogo entre vida y literatura resulta evidente. Aunque la producción literaria de Wilms Montt no pueda ser leída al pie de la letra como el depósito de un sino trágico, su escritura da cuenta de una visión del mundo

muy propia, muy consciente de las adversidades, y entrega ciertas claves que permiten dibujar un mapa del tiempo y de la escritora inserta con dificultad en aquellas coordenadas. Las páginas de sus diarios, especialmente, nos permiten ver a una mujer con carácter, insumisa, desfasada de su época, incomprendida por el medio, que enfrenta a una sociedad patriarcal, en extremo conservadora. A la prisionera de un sistema sexista, que la castiga una y otra vez. A una muchacha de alcurnia, que parte rebelándose contra su clase y su familia: «Me dijeron que en casa mis padres me maldecían y que había muerto para ellos, que no podía contar con nadie en el mundo, porque era la más corrompida de las mujerzuelas», apunta el 13 de noviembre de 1915, reclusa en el convento de la Preciosa Sangre, donde escribe la mayor parte de sus diarios. Y, de paso, pone en duda las creencias religiosas que le han inculcado. Ella quiere creer que cree, pero sabe que no es cierto: «Yo, que soy incrédula y que tengo mis ideas arraigadas más que las raíces de una encina vieja, me dejo seducir por el cuento de las doctrinas de Cristo y rezo e imploro, como si realmente creyera [...]. El día que sufra el desengaño, seré la escéptica, la atea, con mis tristes verídicas ideas. ¡Nada, nada!».

Ese es uno de los aspectos que destaca Luis Oyarzún en el capítulo «Lo que no se dijo» de su libro *Temas de la cultura chilena*, publicado en 1967. El escritor estima que el registro confesional de Wilms Montt lleva en sí un «fundamento literario perdurable» y que hay elementos innovadores en su desgarrada escritura. «¿No es nueva, al menos entre nosotros, esa obsesión de la nada, el escepticismo radical que se mezcla a intermitentes esperanzas cifradas en otro mundo, y esa especie de juicio de la historia y de la cultura, que se introduce subrepticamente en la expresión misma de los sentimientos más íntimos?», se pregunta Oyarzún. El comentario cobra especial significación si lo empalmamos con el propio registro del autor en sus afilados apuntes del *Diario íntimo*, donde despliega una visión igualmente apasionada y suspicaz. Así,

PERFIL

Teresa Wilms Montt:  
De tumba en tumba

«CASA VACÍA: SE ROBARON hasta las cañerías de cobre e instalación eléctrica. No insista», advierte el cartelito con letra manuscrita clavado en el muro. Casa vacía es blanca, estilo inglés: madera y cemento, con porche, virgencita y terreno amplio para jardín. Pero está vacía y se robaron todo. Cuatro hombres vestidos con mamelucos instalan un cartel en la entrada: publicidad a escala gigante sobre la próxima teleserie nocturna. No saben de quién fue este sitio anclado en el corazón de Viña del Mar.

No conocen a Teresa Wilms Montt.

Las escaleras que conducen al balcón son cuatro o cinco peldaños rotos. Las puertas de la despensa son palos improvisados donde pudo haber una reja. Hay candados en todas las ventanas. Hay polvo, lagartijas y arañas costeras que trepan el damasco, el níspero, la encina. Hay frutos reventados en un colchón de hojas. Hay los últimos hilos de una enredadera que trepa los muros de esta casa vacía, blanca, estilo inglés. Y hay también el origen de una historia. Los primeros peldaños de una mujer de belleza fatal que desacató los códigos sociales de su época y pagó cara, carísima, su falta. En este esqueleto palaciego de calle Viana, casi esquina con Traslaviña, cruje un pasado que hoy se pierde en el bullicio de la modernidad.

PERO ESA casa alguna vez estuvo llena y fue un palacio. En la mansión de Viana 301, que abarcaba una manzana completa entre jardines, bodegas y salones, echaba raíces el matrimonio Wilms Montt: Federico Guillermo Wilms Brieba, descendiente —dicen— de la realeza prusiana, y Luz Victoria Montt Montt, emparentada con cuatro presidentes de la república (Manuel Montt, Jorge Montt, Pedro Montt y Ramón Barros Luco). Siete hijas, además de una tropa de institutrices, cocineros, matronas y choferes, llenaban la casa. Siete niñas de melenas doradas, ojos glaucos y facciones de muñeca alemana, nacidas entre 1892 y 1899: Luz, Teresa, María, Carolina, Carmen, Ana y Victoria Wilms Montt deslumbraban al vecindario. Tanto así que la calle Traslaviña era conocida como Tras las Wilms. Y aunque cada parto desairaba los ánimos del patriarca Wilms, que esperaba al retoño continuador del apellido, el hombre terminó por traspasar sus aspiraciones a María Teresa de las Mercedes, la segunda del tropel, nacida el viernes 8 de septiembre de 1893. Y la llamó, a falta de herederos varones, «mi Tereso». De masculino tenía muy poco Teresa Wilms Montt, pero el apodo acentuó la diferencia con sus hermanas.

Más tarde ella misma acuñará otros nombres que serán pseudónimos: Thérèse, Tebal, Teresa de la †. Con ellos firmará artículos de prensa, cinco libros —cuatro de prosa poética y uno de cuentos, redactados entre sus veintitrés y sus veintiséis años— y prolongados diarios, escritos desde la adolescencia, que serán rescatados a un siglo de su nacimiento en sus obras completas, *Libro del camino*, reunidas por la ensayista chilena Ruth González-Vergara, a cuyo trabajo corresponde hoy la mayor parte de la información biográfica disponible sobre la autora. Escudada en estos pseudónimos, Wilms Montt escribirá, al principio, cosas como: «Se imagina que la muerte es un medio de transporte para alcanzar el cielo, ese cielo que desea como un enorme pastel blanco». O: «Morir debe ser una cosa deliciosa, como hundirse en un baño tibio durante las noches

# Diarios íntimos

DIARIO I

*Iniciación*

---

---

Cronológicamente, este diario, *Iniciación*, es el primero de Teresa Wilms Montt. Fue escrito en francés y traducido por Carolina Uberti, con la supervisión de Ruth González-Vergara, para la publicación de *Obras completas. Libro del camino*. En él se da cuenta, entre otras cosas, del ambiente aristocrático del cual provenía Teresa; de la severa educación que recibió, junto con sus hermanas, a cargo de institutrices extranjeras; y de un desajuste temprano respecto de las normas sociales que regían dicho círculo privilegiado. (N. de la e.)

---

---

**E**L PADRE<sup>1</sup> DE TERESA Wilms era buenmozo. Su madre, altiva, arrogante. Ambos tenían reflejos azules en los ojos. Es en la playa bordeada por un mar verde donde transcurrió la niñez de Teresa,<sup>2</sup> edificando castillos de arena dorada, los que adornaba con rosas en el extremo del asta de la bandera.

Los vientos del sur, los temblores del norte y el aliento de una tierra fecunda alimentaban su febril imaginación con un ritmo loco e intenso.

¡Creció sorprendiéndose al darse cuenta que no se abrían las flores en sus manos!

I

Teresa era una niña extraña, tanto física como moralmente.

---

1 Federico Guillermo Wilms y Briebe (1867-1943), supuesto descendiente de la realeza prusiana y esposo de Luz Victoria Montt y Montt (1870-1917), bisnieta del presidente de la república Manuel Montt. Se casaron el 25 de octubre de 1891 en Valparaíso. De ese matrimonio nacieron siete hijas: Luz Teresa Rosa, María Inés, Carolina Isabel, Carmen, Victoria Margarita, Ana Esperanza y María Teresa de las Mercedes (Teresa Wilms Montt). Teresa era la segunda hija y la preferida de su padre, quien la llamaba «mi Tereso», en alusión al hijo que no tuvo. Y, como se desprende del relato, la primera de ellas era la predilecta de la madre.

2 La familia vivía en Viña del Mar, en la calle Viana.

Su pelo espeso es a la vez ceniciento y dorado. Forma una coraza protectora para su cuerpecito, fuerte y flexible, como un arco tendido.

En su rostro, con pronunciados pómulos, destacan unos grandes ojos alargados, cambiadizos, con resplandores de felino y en el fondo de los cuales se incrusta la pupila, extrañadamente inquietante con sus reflejos de acero.

La nariz es pequeña. Tiene algo de bohemio. Parece remontarse hacia el cielo. Se dilata con unas imperceptibles vibraciones a la menor orden de los nervios; sin embargo la boca de Teresa, de una pureza desconcertante, es una fruta de primavera que se abre suavemente para proyectar, con su sonrisa blanca, una luz en todo.

Es la segunda de seis hermanas, todas risueñas y doradas como los rayos del sol.

La mayor, ídolo de su madre, es frágil, con la fragilidad de las porcelanas. Su alma, también... de porcelana.

Educadas de dos en dos, tienen la misma institutriz; pero la mayor, continuamente solicitada por el amor de su madre, atiende poco las lecciones y apenas participa en los juegos de Teresa.

La primogénita no llega a entender las extravagancias de su hermana pequeña. No puede percibir la melancolía de Teresa viendo una puesta de sol o su entusiástica admiración por el encanto exótico de una flor en algún jardín vecino.

¡Ah! ¡Cuánto más práctico y agradable es el engalanarse de telas suaves y sedosas, el alisarse el cabello con brillantina, juntando sus rizos como espigas maduras!

Teresa la observa con una expresión irónica mientras sus dedos buscan maquinalmente, en su libro de cuentos preferido, la página donde se encuentra su amigo el zorro.

El zorro peludo, con sus ojos entreabiertos donde se adivinan sueños de envidia, cargados de deseos, cuando piensa en una gallina gorda, canturreando.

De repente, Teresa ve a su elegante hermana ¡transformada en ave! Se echa a reír... y su carcajada, desconcertante, asusta y enfada a su hermana.

—Pero ¡eres idiota! ¡Estás loca! ¿Por qué te ríes de este modo?

—Venga, señora la curiosa —contesta Teresa—. ¡Me río porque me da la gana! Además, me interesan tus trapos, tus aderezos... Vete a que te hagan capote y ropa cortados con un patrón. Te pareces a una infanta recién llegada de un antiguo cuadro o... ¡a una gallina!

Y Teresa sigue soltando carcajadas, como un torrente saltando en locas cascadas.

¿Qué le importan los trajes cuando le sirven de túnica todas las nubes que pasan, combinando sus colores con las aguas de los estanques, que abren sus glaucos ojos hacia todos los rincones del jardín; las nubes que peina en la superficie del agua con sus dedos morenos de acariciar los rayos del sol?

## II

—¿Por qué será esta manía que tienes de contemplar tu rostro de gata en los espejos? —le dice su madre, que entra silenciosamente en su habitación para sorprenderla—. ¿No sabes que eres fea?

Teresa sonrío, dilatando las aletas de la nariz, y mira a su madre con sus ojos claros donde las pupilas tienen un misterioso reflejo metálico.

—Me miro, no porque creo en mi belleza —piensa—, sino porque en el fondo del espejo me parezco a ese ídolo de plata que mi padre trajo de las minas, ese ídolo tan bonito que sonrío con sus ojos alargados como un cinturón calado.

Teresa no conoce las ternuras, su madre es rígida y pura como las reinas de los cuentos de hadas, una reina que esconde bajo una

coraza de alegría y joyas el seno tibio donde la niña atrevida pero sensible quisiera encontrar protección. Pero las miradas de Teresa, llenas de gana insaciable de caricias, se deslizan en la fisonomía materna como la luz en una estatua.

El padre, hombre del norte, es ingenuo y noble. Sonríe con bondad, pareciendo dejar siempre en su ternura huellas de nieve. Demasiado absorto por las preocupaciones de la vida material, no percibe con qué angustia presenta su hija sus mejillas en sus besos.

¿No la quiere pues nadie o es ella un ser aparte que pide a estas almas burguesas más allá de lo posible?

La fría indiferencia con que rodean su vida en edad en que el cariño tiene tanta importancia provoca un vacío en su cerebro, que será más tarde su palacio de soberana, auténtica soledad de los fuertes, que solo se consigue a consecuencia de una lucha difícil y oscura.

Una gran mancha de sombra oscurece su juventud bajo la tutoría de institutrices cosmopolitas, a la vez pedagogas e histéricas, que hacen vivir sin orden, en el alambique de su pequeña cabeza rubia, el chorro de teorías absurdas por donde un torbellino vertiginoso forma el símbolo de una cruz coronada por la cicuta pagana; no son maestras de amor esas viejas, vírgenes caducas, pero el Amor tiene en el corazón de Teresa su reinado escondido.

Es a sus muñecas a quienes regala las primicias de su sensibilidad, meciéndolas hasta que le duelen los brazos; pero pronto es el gato negro quien concita su atención, con su mirada que se introduce como un sacrilegio en sus ojos.

El gato, con su pelaje sedoso, se mueve silenciosamente con ritmo musical. Le observa con atención desde que sabe por su madre que se parece a él.

DIARIO II

*Bajo las campanas*

---

---

Este primer diario escrito en español por Teresa Wilms Montt, el más extenso de todos, abarca desde su viaje a Iquique en 1912 —donde reside junto con su marido y su hija hasta mediados de 1915— hasta su reclusión en el convento de la Preciosa Sangre, de octubre de 1915 a mayo de 1916. Su última entrada está fechada el 13 de abril de 1916. (N. de la e.)

---

---

**E**N UNO DE MIS paseos solitarios, tal vez intrigado por mi actitud, el joven médico se acercó a mí. Me saludó respetuosamente y en sus labios noté ese gesto que me pareció antipático y curioso. «Roberto Badams a las órdenes de Ud., señora».

—Soy doctor, señora, de este vapor, he sabido que su hijita va enferma y vengo a suplicarle a Ud. se sirva mandarme en lo que quiera.

—Gracias, señor —le contesté secamente, y me dije para mis adentros: este ya sabe mi historia y mi guagua ya está mejor, además el viaje es corto, y en pocos días puede medicarse con más tranquilidad en tierra.

El doctor, a pesar de mi respuesta cortante permaneció a mi lado y con toda habilidad entabló una conversación interesante.

Era muy ilustrado, sabía cinco idiomas y estaba ocho años viajando desde Punta Arenas a Panamá.

No sé por qué a bordo nace cierta intimidad con seres completamente extraños, y esas amistades no se olvidan nunca.

Roberto era literato. Había leído mucho: eso bastó para hacerse simpático.

---

5 Aquí Teresa Wilms se refiere al viaje en barco que hizo, junto con su hija Elisa —que para entonces tenía un año—, su esposo Gustavo Balmaceda y su criada Rosa Montes, desde Valparaíso a Iquique.

Esa noche conversamos cerca de seis horas. Cuando él se despidió en la puerta de mi camarote, éramos ya dos buenos amigos.

Al día siguiente, temprano, examinó a mi chica y le dio un remedio con tan buena suerte que sanó. Además de la simpatía, me unió a él la gratitud.

En los ocho días de viaje su trato respetuoso e hidalgo me conquistó completamente. Las mujeres (algunas) agradecemos más la deferencia respetuosa que los galanteos vulgares.

Roberto conoció que yo sufría. Me hablaba de la vida en términos amargos, pero jamás me tocó el punto de mi pena.

Cuando yo desembarqué en Iquique, él se hizo cargo de mi guagua, la llevó todo el tiempo en brazos, hasta que la dejó sobre la cama del hotel<sup>6</sup>. Tomamos allí juntos una copa de despedida.

Profundamente agradecida del trato nobilísimo de ese joven, le tendí mis dos manos, que él estrechó conmovido. Prometimos escribirnos, enviarnos libros; él siguió de viaje por las costas del Pacífico, y en varias ocasiones recibí sus artículos y sus cartas; y después de cierto tiempo, supe que se fue enviado como cónsul a Canadá. He guardado con mucha estimación el recuerdo de Roberto.

Acostumbrada a ver en todos los que se me acercan vulgares tenorios de pensamientos bajos, comprendo cuánto vale la conducta que observo en ese doctor que parecía tan insignificante y que puede darle lecciones de hidalguía a tantos patanes que andan por allí presumiendo.

No ha sido un cortejador el que ha dejado uno de los mejores recuerdos de mi vida, lo que prueba que no soy como se cree, y que no los que juzgan livianamente son los que van bien encaminados y tienen razón...

---

6 Hotel Phoenix, que estaba en la plaza Arturo Prat.

DIARIO III

*Otros cielos, otras prisiones*

---

---

Este diario comienza en Buenos Aires y termina cuando Teresa llega a Nueva York. En junio de 1916, ayudada por el poeta Vicente Huidobro (1893-1948), Wilms Montt logra salir del convento. La familia de Teresa, como se deduce de las entradas del diario anterior, había escogido a un pariente para que fuera su acompañante (el tío Eduardo) y cubriría todos los gastos, con tal de no vivir la deshonra de un divorcio. Huidobro, sin embargo, se adelantaría tomando el lugar de este familiar designado y viajarían juntos a Buenos Aires, donde él debía dictar una conferencia sobre creacionismo. (N. de la e.)

---

---

6 de abril, 1917  
Buenos Aires

*Darling*<sup>52</sup>  
Los hombres, como los astros, tienen una ruta señalada y son perfectamente sabios los encuentros de estos en el espacio, como el de las almas en el mundo.

Hay en la tierra un delicioso estremecimiento que anuncia la llegada de la hora azul, hora en que se duermen los pájaros y se aquietan los árboles desvanecidos de ensueños. También el amor tiene su hora azul que se anuncia en la expresión intensa de nuestros ojos y en los labios un ansia infinita de caricias.

Mientras abrazados esperábamos en medio del campo la agonía del sol, tu boca dejó en palabras, en besos dentro de mi alma, la huella de tu espíritu dulcemente silencioso. Y como son tan pocos los recuerdos gratos que proporciona la vida, quiero advertirte que

---

52 Se refiere a Horacio Ramos Mejía (1895-1917), joven poeta argentino, que conoció a Teresa en su estadía en Buenos Aires. Ramos Mejía —apodado por Teresa como Anuarí— se enamoró de ella y se supone que Wilms Montt no pudo prometerle nada más que una amistad o un amorío lejos del compromiso que él esperaba. Murió en 1917 y, aunque en la prensa de la época se habló de un ataque repentino, se cree que se suicidó por amor. Desde esa pérdida, Teresa escribe el libro *Anuarí*: «Llega todas las noches a mi alcoba. / Sin tener ojos me mira, sin tener boca me habla, y su mirada y su voz son tan hondas como el silencio de los sepultados».

ayer me regalaste uno que guardaré como un beso en la cuna del corazón.

Thérèse

Noviembre, 1917

Buenos Aires

Mi cama ancha, toda blanca y fría como las avenidas heladas por la nieve, me hace desear con vehemencia el estrecho y amoroso ataúd.

He cavado, cavado con la constancia de un sepulturero, las tierras de mi corazón.

Dolor, quien lo sufre y lo busca ha descubierto el fervor de los iluminados mártires y el secreto de la eternidad.

12 de diciembre, 1917

Buenos Aires

2:00 a. m.

Sin filosofía y sin ilusiones me embarco mañana,<sup>53</sup> huyendo de una pena negra y tan negra, como que emana de una fosa recién abierta en cuyo fondo he desgarrado mi corazón.

En el naufragio de mi vida, aférreme desesperadamente al cuello juvenil de un hombre que, después de salvarme, se dobló con la gracia de un olímpico sobre mi pecho y entregó su bello espíritu al eterno.

---

53 Teresa Wilms Montt se embarcó en el *Vestris*, camino a Nueva York, el 13 de diciembre de 1917. Su idea era alistarse en la Cruz Roja y colaborar con los aliados en la Gran Guerra.

DIARIO IV

*Peregrinaje y finitud*

---

---

Este diario abarca la etapa más itinerante de Teresa. Vive en Madrid desde febrero de 1918 y regresa a Buenos Aires en septiembre. En junio de 1919 llega a Londres y en agosto, con la intención de cruzar a París, es detenida en Boulogne por sospecha de activismo político y devuelta a Folkestone. En octubre se va a Liverpool y luego a Madrid, donde vive hasta inicios de la primavera de 1920. Finalmente, emigra a París, su última residencia. Es este quizás uno de los períodos más fructíferos en términos literarios. Para entonces, Wilms Montt había publicado *Inquietudes sentimentales* y *Los tres cantos*, ambos en Buenos Aires en 1917. En 1918 publica, esta vez en Madrid, *En la quietud del mármol* y *Anuarí*. Y en 1919, en Buenos Aires, *Cuentos para los hombres que son todavía niños*. También publica en revistas y se vincula al circuito literario español más importante de la época. No cabe duda de que con este, el diario más poético y reflexivo de todos, Teresa toma total conciencia de estos manuscritos como material propiamente literario. De hecho, los hace mecanografiar, con la intención de publicar un diario itinerante. Aunque esto no ocurre en vida, algunos de sus fragmentos aparecen en la revista *Nosotros*, en Buenos Aires en 1921, a modo de homenaje póstumo.

En este período se entera de que sus hijas también viven en Europa: José Ramón Balmaceda se instala en París y lleva a sus dos nietas con él. Gracias a los empleados y las criadas, Teresa puede verlas a escondidas. Luego logra regularizar las visitas a dos veces por semana. Habían pasado cinco años desde que no se veían y para las niñas era como si la vieran por primera vez: «Nos acercamos. Yo la quedé mirando abismada de su belleza. Tenía unos ojos de una profundidad increíble. No sabía que era mi madre. Se acercó para abrazarme y me dijo: “¡Mi amor, yo soy tu mamá!”», cuenta Sylvia en la biografía *Teresa Wilms Montt. Un canto de libertad* (Grijalbo, 1993), escrita por Ruth González-Vergara. Sin embargo, después de poco más de un año la familia retorna a Chile y Teresa vuelve a perder el contacto. Antes de Navidad, producto de una sobredosis de Veronal, Teresa es ingresada al hospital Laënnec. Muere el 24 de diciembre de 1921. (N. de la e.)

---

---

Este es mi diario.

En sus páginas se esponja la ancha flor de la muerte diluyéndose en savia ultraterrena y abre el loto del amor, con la magia de una extraña pupila clara frente a los horizontes.

Es mi diario. Soy yo desconcertantemente desnuda, rebelde contra todo lo establecido, grande entre lo pequeño, pequeña ante el infinito...

Soy yo...

Teresa de la †

Invierno de 1918  
Madrid

Dentro de la cama de esta fea pieza de hotel, me entrego por entero a mis oraciones del recuerdo.

Beso todos los retratos de seres pedazos de mi vida, que quedaron en la otra ribera del mundo, con los brazos tendidos y las pupilas nubladas por sincero llanto.

Amada, adorada Argentina, todo cuanto amo está diluido en tu seno de madre.

Horacio, ocho meses hoy que te fuiste. No hay remedio para el mal de mi vida. Sigo recordándote con toda intensidad y pensando como único consuelo el ir a suicidarme a tu tumba.

Horacio, quédate en mi espíritu, acompáñame, llévame.

*Ton nom, Anuarí, est un poignard brûlant qui traverse ma chair  
en lambeaux en dessinant une croix de sang...<sup>58</sup>*

Madrid

Sobre mi mesa una rosa se muere.

¡Oh, divina rosa de luz como el cáliz de la boca nazarena!

En su marco escarlata mi Cristo cierra los ojos para ver mejor.

Encerrado en su cofre de bronce abre la sonrisa del Buda. Sonríe así porque penetró el misterio de las lujurias solitarias.

Cristalizada en el vaso aguarda el agua que ha de refrescar mis meditaciones nocturnas, agua más fría no podría beberse en el hueco de una calavera milenaria.

Mi amado el muerto sueña, prendiendo mi vida en ella tarima de mis recuerdos. Soñando amores se durmió.

En medio del pasado yérguese mi cabeza loca, es un sol extinguido.

Por costumbre surge de las sombras y balancea su corazón carbonizado cual incensario sin perfumes, cual oración de boca sin lengua.

Abril, 1918

Madrid

He dormido cuarenta horas, verdaderamente la libertad es una cosa prodigiosa y brutal.

Nada y nadie ha interrumpido mi sueño; podría haberme muerto y después de unas semanas lo habría denunciado mi ve-

---

58 «Tu nombre, Anuarí, es un puñal ardiente que atraviesa mi carne en jirones, dibujando una cruz de sangre...».